







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*La muda*

© Del texto: 2010, Francisco Montaña

© De la ilustración de cubierta: 2017, Daniel Rabanal

© De las ilustraciones interiores: 2010, Daniel Rabanal

© De esta edición:

2017, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5403-18-5

Impreso por Editorial Buena Semilla

Primera edición en Loqueleo: mayo de 2017

Segunda reimpresión en Loqueleo: diciembre de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Diseño de cubierta:

Sandra Restrepo

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# La muda

*Francisco Montaña Ibáñez*

Ilustraciones de Daniel Rabanal

loqueleg



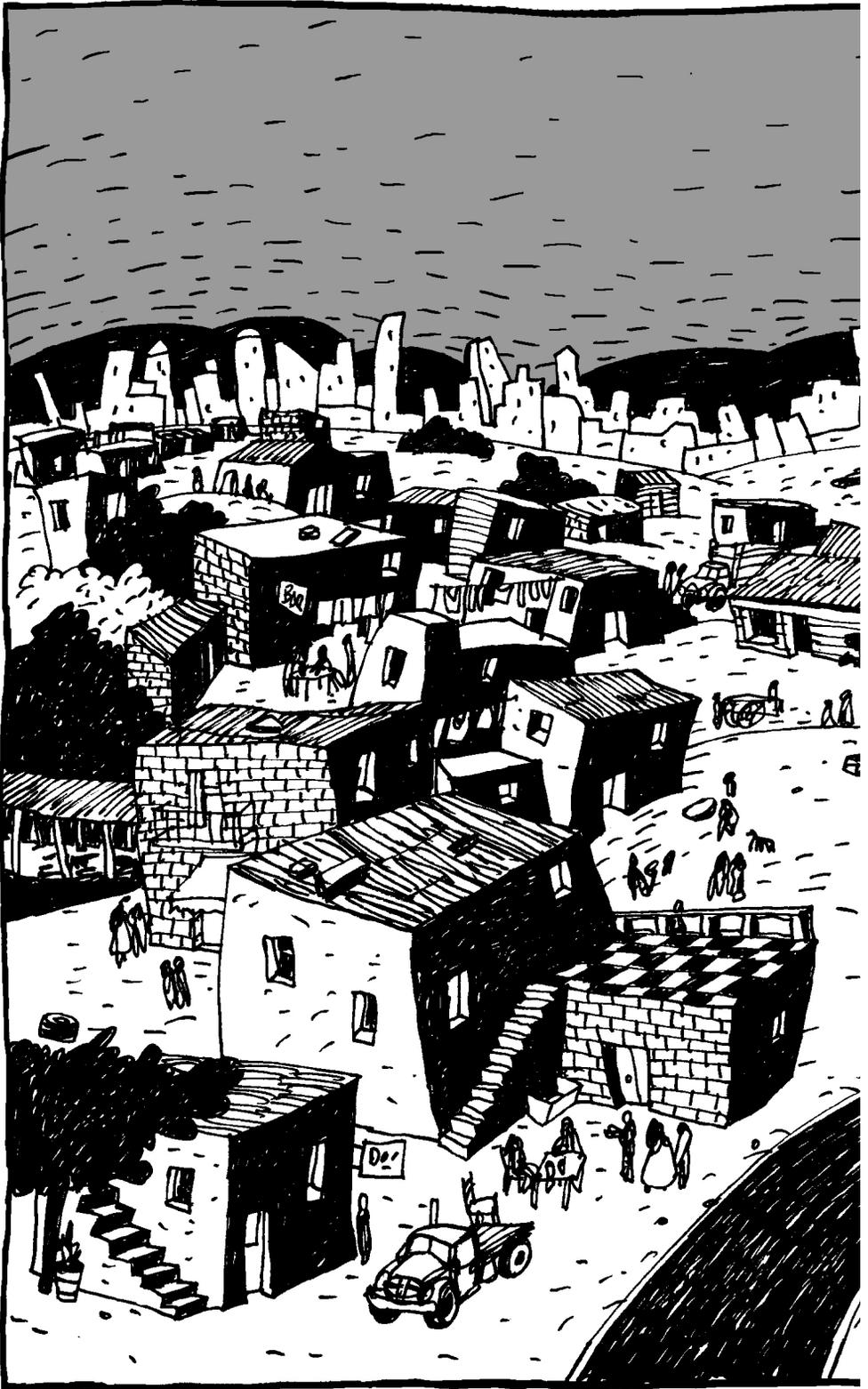
*Para Amparo y Rafael,  
para Ana María, Alejandro y Santiago,  
por la suerte.*

*Al maestro Miyazaki.*



*Es cierto,  
hay que ser avaros con el dolor.*

*La vorágine, José Eustasio Rivera*







Parecía un punto oscuro en medio del verdor que rodeaba el lavadero. Sus movimientos agitados se los tragaba la distancia y se convertían apenas en pequeñas sacudidas acompañadas del golpe de mil barrigas aplastadas contra la piedra de lavar.

Envuelta en el olor un poco rancio del jabón de tierra se quitó el pelo que le caía sobre los ojos. Su antebrazo estaba cubierto con espuma de jabón y hacerlo le irritó los ojos. Se sopló el pelo y trató de quitarse el escozor con los hombros. No lo logró. El hombro estaba muy lejos del ojo. Pero para aliviarse se quedó un buen rato parpadeando y descubriendo esa forma curiosa que se desdibujaba a causa de la irritación y la distancia.

“¿Qué será?”, pensó y parpadeó de nuevo varias veces tratando de aclarar la imagen que la atraía hacia ese potrero. Una lágrima de alivio saltó de uno de sus ojos. Cambió el peso de una pierna a la otra y se dio cuenta de que el ardor casi la abandonaba por completo. Todavía tenía mucho que lavar y le dolían las manos. Parpadeó

nuevamente, sus ojos se aclararon un poco y vio cómo una rama verde salía por entre un montón de fierros.

—¡Apúrele! —oyó que le gritaban desde dentro de la casa. Seguro se dirigían a ella porque no había nadie más.

Dejó sus ojos un momento más sobre la parte superior de ese montón de fierros. Su mirada, acostumbrada a la intensidad de la luz, le permitió descubrir poco a poco las formas que se escondían en él. Descendiendo por la rama vio algo que le pareció ser la ventana de un carro.

14 Después de un tiempo, cuando terminó de lavar toda la ropa, casi no sentía las manos. Las tenía rojas como los ladrillos de las paredes contra las que se recostaba a descansar. Se bajó del cajón que le ayudaba a alcanzar el lavadero y caminó despacio hasta la puerta de la cocina.

Había llenado siete cuerdas con ropa que se sostenía atrapada por los dientes de los ganchos. Miró hacia atrás y solo vio las formas de las prendas colgadas escurriendo agua.

Así había pintado ella las bandadas de pájaros en los dibujos que hacía en el colegio.

Trató de ver más allá, pero la ondulación de la ropa secándose se lo impidió. Tras ella, en el potrero, seguro estaba esa rama que se asomaba por la ventanilla.

Se agachó. Las nalgas tocaron sus talones. Puso la cara entre las manos y miró hacia allá por debajo de las oleadas de ropa.

La luz había bajado, los ojos ya no le ardían. Pero solo veía una parte. La rama y la ventana quedaban escondidas desde ese punto de vista. Alcanzó a distinguir el pasto

que las cubría casi por completo y un destello repentino, como un golpe de espejo, deslumbró sus ojos.

Parpadeó nuevamente queriendo entender de qué se había tratado. Ese montón de fierros que descubrió como una forma hecha casi por completo de pasto continuaba impasible, como si la esperara en el centro de ese potrero.

Se levantó y se asomó a la cocina. Sobre la mesa había un plato con un pan y una taza de chocolate. Lo probó. Estaba aguado y tibio, unas pocas burbujas tornasoladas flotaban contra los bordes pero sentir algo en el estómago la reconfortó. El pan era tan grande como dos manos suyas. Lo supo porque lo midió. Tomó otro sorbo del chocolate y mordió el pan. La corteza brillante era muy lisa. Su lengua la repasó mientras esperaba que la masa se mojara dentro de su boca para masticarla. Mordió otro pedazo y el pan se aplastó en el extremo. Masticó despacio y terminó de aplanarlo con las dos manos.

—¿Terminó? —le gritaron de nuevo.

La cocina estaba en penumbra. Olía a trapo sucio. Habría querido salir de allí lo más pronto posible, pero tenía una duda. Negó con la cabeza y sorbió de nuevo el chocolate. Mordió otro pedazo de pan y lo masticó despacio, tan despacio como pudo. Cuando tragó estuvo segura de que ni siquiera diez panes como ese le quitarían el hambre de todos esos perros que tenía.

Se terminó el chocolate de un solo sorbo. La catarrata de líquido inesperado abriéndose paso le maltrató la tráquea. Contuvo la tos como pudo y dejó la taza sobre la mesa. Aplanó completamente el pan con las dos manos.